

fieles á sacar aguas de salud (1); y á estas fuentes convidaba Jesucristo diciendo: Quien esté sediento venga á mí y beba (2); que por ello quiso que su Corazon fuese abierto por la lanza, para dejar patente la puerta de la vida, de donde manaron los Sacramentos de la Iglesia, sin los que no se entra en la vida verdadera (3). De aquel Corazon divino salió milagrosamente sangre y agua, significando, dice San Juan Crisóstomo, el bautismo que nos lava y purifica, y la Sagrada Eucaristía, que nos alimenta de Jesucristo (4).

No nos detengamos, Señores, en la exposicion de los Sacramentos y sus efectos. En otro discurso dije algo sobre ello, y vosotros lo recordareis. Basta repetir que el bautismo nos incorpora en Jesucristo, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, y nos constituye sarmientos de esa vid divina plantada por el Padre, en el misterio de la Encarnacion. Que la Confirmacion nos da al Espíritu Santo como un sello del alma que imprime en ella la imagen divina que ha de aparecer en todo nuestro sér (5). Que la Penitencia, lavándonos en la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo (6), nos devuelve la gracia perdida por nuestra culpa, para que no perezcamos en nuestra miseria.

Fijémonos principalmente en la Sagrada Eucaristía, porque es el Sacramento de los Sacramentos, el centro al cual todos convergen, ya que en él no solo se nos da

(1) Isai. XII, 3.

(2) Joann. VII, 37.

(3) *Latus ejus..... aperuit, ut illic quoddammodo vitæ ostium panderetur, unde Sacramenta Ecclesiæ manaverunt, sine quibus ad vitam, quæ vera vita est, non intratur. (S. Aug., tract. 120 in Joann.)*

(4) *Latus lancea percussit, et exinde aqua fluxit et sanguis. Unum baptismatis symbolum, aliud Sacramenti. (S. Joann. Chrysost.)*

(5) II Cor. I, 22.

(6) Joann. I, 29.—I Joann. I, 7.

la gracia, sino al autor de la gracia que se une al alma, del modo más admirable y estrecho, para ser el principio de su vida. ¿Quién podrá explicarnos su accion mejor que el mismo Jesucristo? Escuchadle. «He venido del cielo para hacer la voluntad de mi Padre, y esta voluntad es, que no perezcan los que creen en el Hijo, sino que tengan la vida eterna; es decir, la vida de la gracia, la vida de Dios. Yo soy el pan de vida, el pan vivo bajado del cielo, y el pan que os daré es mi carne, para salud del mundo. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna. Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendreis esa vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Como yo vivo por el Padre, así el que me come, vivirá por mí (1).

Ved aquí el término. Por la Encarnacion, Dios se une á la naturaleza humana y la eleva hasta él; por la Comunion, Dios hombre, Jesucristo, se une á cada uno de los hombres para darle parte de la plenitud de gracia y de verdad con que se presentó en la tierra, para comunicarle del modo más directo y más íntimo esa vida que recibe del Padre, para estar y obrar dentro de él. Por la Encarnacion, el Verbo tomó nuestra naturaleza, tomó nuestra carne y la divinizó; por la Comunion, Jesucristo nos da su carne y su alma, á fin de darnos con ello una participacion de su divinidad, porque si el Verbo se hizo carne, y nosotros recibimos ese Verbo-carne, no podemos menos de reconocer que Cristo permanece en nosotros (2). Su corazon se hace nuestro corazon, y

(1) Joann. VI.

(2) *Si enim Verbum caro factum est, et nos vere Verbum carnem cibo Dominico sumimus, quomodo non naturaliter Christus in nobis manere existimandus est, qui et naturam carnis nostræ jam inseparabilem sibi homo natus assumpsit, et naturam carnis suæ ad naturam æternitatis sub*

sus divinos latidos, que son su amor y su gracia, forman la vida de nuestra alma. Por ello podemos decir con San Pablo: Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (1): él es el principio de mis pensamientos y de mis deseos; él es el móvil de todos mis actos; él es el término de todas mis aspiraciones.

¡Ah! que es bello, Señores, contemplar las armonías sublimes de la Eucaristía, y las riquezas que da al alma, y el amor que en ella engendra para unirla y asimilarla á Dios. La vida del alma es el amor: el que no ama no vive (2). La fuerza del alma es el amor: el que no ama es débil, mezquino, su existencia es miserable. Por ello decía San Agustín: Allá donde voy, me lleva el amor; él es mi gracia, mi luz, mi fuerza, y mi todo (3). El hombre tiene en su corazón un deseo inmenso de amar y ser amado: es la gran pasión que Dios ha puesto en él, para que, impulsado por ella, se eleve hasta su unión eterna, y para que el hombre le ame, Dios le ama antes (4); y en el transporte de su amor, después que se le ha dado todo, y se ha hecho hombre por él, se le da á sí mismo diciendo: «Toma, come mi cuerpo, bebe mi sangre (5). ¿Qué más puedo hacer ya por ti? No, responde San Agustín, no es posible más (6). ¡Oh hom-

Sacramento nobis communicandæ carnis adhibuit? Ita ergo in Deo sumus, quia et in Christo Pater est, et Christus in nobis est. (S. Fulbert. Carnot., Ep. I de Ven. Euchar. Sacram.)

(1) Gal. II, 20.

(2) I Joann. III, 14.

(3) Ponderibus suis aguntur omnia, et locum suum petunt. Amor meus pondus meus: illo feror, quocumque feror. (S. August., lib. 13, Confess.)

(4) I. Joann. IV, 10

(5) Matth. XXVI, 26.

(6) Dicere audeo, quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (S. August., Tract. 26 in Joann.)

bre! Dios quiere elevarte hasta él y hacerte Dios, no por naturaleza como el Verbo á quien engendra de su sustancia, sino por don de su amor, por adopción: y así como su Verbo, haciéndose hombre, se hace participante de tu mortalidad, así, elevándote hasta sí mismo, te comunica su inmortalidad (1). Para esto te se ha dado, añade San Lorenzo Justiniano, para levantarte hasta él, y alimentarte de sí mismo (2).

Tal es, Señores, la economía de la obra del Verbo hecho hombre para la deificación del hombre. Pero á esta obra de Dios debe agregarse la obra del hombre. La gracia viene á nosotros por un acto libre del amor de Dios; pero solo produce sus efectos cuando es aceptada por el amor libre del hombre, que es dueño de permanecer en su naturaleza silvestre, ó de ser ingertado de Jesucristo para entrar por participación en la naturaleza divina. Es la semilla de Dios, que germina y produce según la tierra que la recibe y el cultivo que se le añade. Es Jesucristo encarnado, por así decirlo, en nosotros, pero á quien debemos nutrir con actos repetidos que le desenvuelvan y hagan crecer en nuestras almas, hasta que lleguemos á la plenitud de varones perfectos en frase del Apóstol (3).

Este es nuestro deber, hermanos. Unir nuestra voluntad á la de Jesucristo, darle el imperio de nuestro corazón, responder á su voz amorosa, seguir su impulso, disponer en nuestro corazón una progresión ascendente

(1) Deus deum te vult facere, non natura, sed dono suo et acceptione, Sicut ille per humanitatem factus est particeps mortalitatis tuæ, sic te per exaltationem facit participem immortalitatis suæ. (S. August., Serm. 116 de Script.)

(2) Præbuit se, ut te elevaret ad se, ut te nutriret de se. (S. Laur. Justinian., Serm. de Christi Corp.)

(3) Ephes. IV, 13.

hacia Dios (1), acreditar y hacer cierta con nuestras obras nuestra eleccion y vocacion divina (2), hacer que la vida de Jesus se manifieste en nosotros (3) por la uniformidad de nuestros sentimientos (4), hasta ser una copia de este divino modelo, para poder decir con verdad: Ya no soy yo el que vive, esto es, ya no es la concupiscencia, ya no es el hombre terreno quien vive en mí, sino Cristo, esto es, el hombre celestial, el hombre divino.

Los que esto han hecho, Señores, han llegado al heroismo de la perfeccion. Robustos por su fe, dilatados por la caridad, fieles á Dios, su único amor, y no rompiendo por el pecado el lazo que á él los unia, se elevaron á una gloria inmensa. El mundo los admira, los ángeles los aplauden, Dios los glorifica. Los hombres los llaman Santos, Jesucristo los llama hermanos, Dios Padre los llama hijos. Ellos son la demostracion viva de la accion de Jesucristo sobre el alma, de la realidad y eficacia de la comunicacion de su vida, de la verdad de la elevacion del hombre al órden divino por la gracia, y la prueba evidente de que sin esta influencia misteriosa, pero real, de Jesucristo, jamás el hombre saldrá de la esfera á que le redujo la prevaricacion de Adan. Buscad esos hombres Dioses donde no es conocido Jesucristo; no los encontrareis: buscadlos donde se despide á Jesucristo; no los vereis: buscadlos, en fin, donde reina Jesucristo, su fe, su doctrina y sus Sacramentos, y hallareis á cada paso esas almas para quienes la tierra es nada, y el cielo todo; esas almas que se gozan en la humillacion

(1) Psalm. LXXXIII, 6.

(2) II Petr. I, 10.

(3) II Corinth. IV, 10, 11.

(4) Philip. II, 5.

y el sacrificio, y de él forman su vida; esas almas, que viven consagradas á la caridad; esas almas, en fin, en quienes brilla el reflejo de Jesucristo que en ellas vive, y depositan en el seno de la familia y de la sociedad la fecunda semilla de la virtud.

Donde no vive Jesucristo, solo se ve al hombre, el orgullo, la sensualidad, el egoismo. Donde Jesucristo vive, se ve á Dios, la humildad, la pureza, la caridad. Hagámosle, pues, vivir en nosotros: él lo quiere, está á la puerta y llama (1). Su corazon, cuyo latido es la gracia, late en ese Sacramento por nosotros: acerquémonos para percibir ese latido, acerquémonos por la oracion, que le atrae; por la mortificacion, que le franquea nuestro corazon; por el deseo y el amor; y aunque estemos muertos en el alma, resucitaremos; su gracia es poderosa para ello. Aproximémonos más, unámonos á él por la comunion; nos dará su vida y su amor, y vivirá en nosotros. Renovados de este modo y deificados por su gracia, dejémonos llevar de su espíritu, y seremos semejantes á él: hombres divinos en la tierra. Dioses hijos de Dios en el cielo.

(1) Apoc. III, 20.